

# **LA BATALLA DE PAMPLONA, EN LOS POEMAS BARROCOS IGNACIANOS**

**Ignacio Elizalde**

Profesor de la Universidad de Deusto

Desde la segunda mitad del siglo XVI se cruzan en España dos corrientes de calidades diversas, y esta interferencia del espíritu de la Contrarreforma con las formas renacentes ocasiona particular complejidad al barroco español y dificulta un análisis de líneas claras y precisas, de contornos exactos. «Los más grandes pensadores del Renacimiento español —escribe Bell (1)— rechazaron la frivolidad y el paganismo que reinaba en Italia, con la misma energía con que rechazaron el protestantismo norteno» (2). También se ha relacionado el estado de ánimo, en que se produce la gran literatura y el arte barroco con los motivos de la Contrarreforma y los efectos del Concilio de Trento, en que los teólogos españoles llevaron la palma (3). Este ideal religioso constituye la entraña y el empuje, en muchos aspectos, de este período literario. No estuvo el siglo XVII exento del idealismo y de la pureza del Renacimiento, como afirman, entre otros, Américo Castro (4), Montesiños y Ortega y Gasset. Ni su actitud es de perplejidad e indecisión (5), simbolizada escultóricamente en el Doncel de Sigüenza. Es igualmente equivocada la creencia de que las formas renacentistas, retóricas en la poesía, con una marcada tendencia al amaneramiento en el arte, eran una fuente viva, diversa, de la retorsión intelectual característica del nuevo estilo. Como

---

(1) AUBREY P. G. BELL, *Luis de León* (Barcelona 1940), p. 42.

(2) Una frase de Lucien Paul Thomas, tal vez poco valorada, nos da la clave de esta actitud: «Le XVII<sup>e</sup> siècle qui fut en Espagne, quoiqu'on l'ait trop peu remarqué, une période de réaction contre l'italianisme ne cherche pas seulement a puiser directement tous les trésors des littératures antiques, il renoua aussi ses traditions avec le XV<sup>e</sup> siècle, et c'est surtout de là que naquit dans les romances, les décimes, toute cette efflorescence de concepts alambiqués et de stratagemas de rhétoriciens, *Góngora et le gongorisme considérés dan leur rapport avec le marinisme*, (París, 1911), p. 68. TOFFANIN registra también, al terminar el siglo XVI, una «noia del Rinascimento e nostalgia del Medio Evo», *La Fine dell'umanesimo* (Torino, 1920), p. 13.

(3) Confirmación de este aserto es el libro de W. WEISBACH. *El barroco, arte de la Contrarreforma* (Madrid, 1948). Léase igualmente el magnífico libro de S. TOFFANIN, *La Fine dell'umanesimo* (Torino, 1920).

(4) «Epoca... de hábil disimulo, de audacia contenida, de mucho tirar la piedra, escondiendo la mano». A. CASTRO, *El pensamiento de Cervantes* (Madrid, 1925), p. 261.

(5) GUILLERMO DÍAZ-PLAJA. *El espíritu del Barroco* (Barcelona, 1940), p. 13.

Valbuena Prat dice, «las formas renacentistas estaban agotadas y precisamente el dinamismo, retorsión y decorativismo del barroco animaron durante más de un siglo el panorama, frío y tibio sin él, del arte y la literatura de Europa» (6).

Este estado de espíritu que ha agotado la alegre vitalidad del Renacimiento se enfrenta de nuevo con la Edad Media, con problemas de orden sobrenatural, que dan al arte una tendencia a ahondar el infinito, a disolverse en el sentimiento de una fuerza suprema e incomprensible (7).

Advirtamos con Ludwing Pfandl que «lo mejor y más original en ideas y en formas no es en la epopeya profana donde se encuentra, sino en la religiosa» (8). Es sorprendente la cantidad de epopeyas religiosas sobre las vidas de santos que se hicieron durante el siglo XVII: *Vida, excelencias y muerte... de San Joseph* (1604), de José de Valdivielso; *La Amazona cristiana* (Santa Teresa de Jesús) (1610), de Bartolomé de Segura; San Benito, el ermitaño de Subiaco, fundador de Montecasinio, patriarca del monacato occidental, obtiene su poema heroico de Nicolás Bravo, *Benedictina, en que se trata de la milagrosa vida de San Benito*; el predicador Antonio de Padua es cantado por Luis Tovar en *Poema místico*; el agustino Nicolás Tolentino, en el cual se repitió el milagro de las rosas de Santa Isabel, es cantado en el *Poema heroico*, de Fernández Salgado y Camargo.

La dirección política de la casa de Austria hace su existencia solidaria con el triunfo del Catolicismo e impulsa con sus mejores esfuerzos el espíritu de la Contrarreforma, iniciado por Ignacio de Loyola. Por otra parte, el sentimiento de lucha entre la cruz y la media luna, que había penetrado hasta la médula en el alma del pueblo, continúa despierto en los siglos XVI y XVII con las tendencias manifiestas que se reflejan claramente en la literatura y particularmente en la poesía.

Una de estas tendencias va marcada con el espíritu militar, la actitud de lucha contrarreformista, cuya figura más representativa es Ignacio de Loyola, el soldado santo y el santo caballero, que sintetiza la milicia española del tiempo de los Austrias, que bajo la impronta del Gran Capitán moldeó, a golpe de hierro, los contornos imperiales. Era muy frecuente encontrar al soldado español con escudos nobiliarios o con la pluma del poeta o escritor en ristre (9). Tales, entre otros, Garcilaso de la Vega, Hernando de Acuña, Hurtado de Mendoza, Gutierre de Cetina, Francisco de Aldana, Cristóbal de Viriús, Alonso de Ercilla (10). Para el español del siglo XVII eran estas

(6) ANGEL VALBUENA PRAT, *El sentido católico de la literatura española* (Zaragoza, 1940), p. 108.

(7) WOLFLIN, *Rinascimento e barroco* (Firenze, s.a.), p. 11.

(8) LUDWING PFANDL, *Historia de la literatura nacional española en la Edad de Oro*, Barcelona, 1933, p. 558.

(9) Véase, con todo, FRAY ANTONIO DE GUEVARA, *Epístolas familiares*, BAE, XIII, 81.

(10) Cfr. *Ibid.* p. 166.

grandezas militares todavía reales, llenas de contenido (11), para las cuales busca la expresión adecuada en la plenitud de formas, que, en la imposibilidad de lograrlas, degenera en brillante decorativismo, en abuso de artificioso arte escenográfico. El Barroco seguirá creando y alentando el mito militar y heroico que en realidad venía por tierra a pasos agigantados. Por eso será Ignacio de Loyola una de las figuras más señeras en la concepción barroca (12).

El cortesano de Nájera y Arévalo, que accidentalmente se encuentra en Pamplona y se incorpora, sin ser capitán, en las filas del ejército imperial en el castillo de la capital navarra, acusará plenamente su carácter militar en la poesía seiscentista. La batalla de Pamplona cobrará un volumen extraordinario en los poemas ignacianos. Muchos de los autores no habían estado en Pamplona y no ilustran sus poemas con ninguna pincelada concreta, tomada del natural. No prevalecía entonces precisamente el realismo y el cuadro de Pamplona se pierde en retorcimientos de estilo y humo de metáforas. En todos los poemas ignacianos aparecerá la histórica batalla y el estruendo de la lucha en el escenario pamplonés se dejará oír en el mundo literario. Veamos únicamente los ejemplos más característicos.

### Pedro de Oña

Uno de estos poemas ignacianos, tal vez el más característico, es el *Ignacio de Cantabria* (13), de Pedro de Oña.

Este escritor (1570-1643?) nació en la ciudad de Los Confines, la última que fundó Valdivia, en territorio araucano, hijo del capitán Gregorio Oña, que murió en la guerra de Chile, siendo Pedro de muy pocos años. Poco después se trasladó a Lima y estudió en el Colegio de San Felipe y de San Marcos. Empezó escribiendo *El Arauco domado*, de clara imitación de Ercilla. Anuncia una segunda parte que no llegó a escribir. Otras obras suyas son *Canción real a San Francisco Solano*; el poema *Temblor de Lima*, en 1609, muy inferior a *El Arauco domado*; *Ignacio de Cantabria*, editado a expensas de la Compañía de Jesús (Sevilla, 1639). También prometió una segunda parte que no llegó a realizar. Otro extenso poema religioso es el titulado *El vasauro* (1635), dividido en once cantos, del que ha hecho una

---

(11) Es verdad que el espíritu sagaz de Mariana reconocía en su tratado *De spectaculis*, cap. XXVI, «que con su peso y grandeza trabaja España y se va a tierra»; que Gracián y Quevedo reconocen igualmente la decadencia española. Pero esta impresión se refleja más en los prosistas didácticos y morales del siglo XVII que en la poesía. Lope ignora totalmente este declinar de España y el mismo Calderón eleva hasta la exageración esta «distracción» de Lope. Todo el teatro español vive de espaldas a la decadencia nacional.

(12) Podíamos comparar, en cierto modo, esta presencia gloriosa de Ignacio, retrocediendo unos siglos, a los efectos que produjo el franciscanismo en la pintura florentina y en la literatura italiana.

(13) PEDRO DE OÑA, *Ignacio de Cantabria* (Sevilla, 1639), Edit. Escudero, en 8.º 214 fols. En los siglos XVI y XVII, se aplicaba el nombre de Cantabria también al País Vasco.

edición crítica el erudito y filólogo chileno Rodolfo Oroz (Santiago, 1941). Menéndez Pelayo alaba sus octavas y afirma que Pedro de Oña nunca perdió su inspiración, cuando escogió materia acomodada a sus fuerzas.

El *Ignacio de Cantabria* suena a espíritu bélico y heroísmo. Lleva al comienzo la aprobación de Calderón y de Pérez de Montalbán (14). Lo dedica a la Compañía, en unos párrafos llenos de afecto y devoción a los jesuitas, y nos dice que tardó quince años en componerlo:

A la illvstre y religiosa Familia del Gloriosissimo Patriarca, San Ignacio, i mio... Coronado os le buelvo, qual héroe al común orden superior, pero con los lauros estériles, que los Parnasos de la ínsula América pudieron ofrecer a tan altas sienes... Coronáis vuestro Ignacio imitiéndole; coronad el mío admitiéndole; puesto que por ser mío dais licencia a mi afecto, dalle mi desvelo piadoso ocupado quinze años en seguir con el buelo de mi pensamiento sus glorias (15).

Comienza su poema al modo clásico, pidiendo la inspiración de la musa para cantar las glorias del capitán del cielo:

De aquel cántabro, capitán del cielo,  
Musa, de allí las altas pruebas dime,  
i el arduo fin, que su gigante celo  
siguió alentando i alcanzó, sublime (16).

Todo el poema consta de octavas reales, elegidas por los españoles y portugueses para sus poemas narrativos. No utiliza las octavas de invención propia, en las que los cuatro primeros versos forman cuarteto, como aparecen en *El Arauco domado*, que no tuvieron aceptación entre los poetas. Consta de doce libros y trata desde la conversión de Ignacio convaleciente con la visión de san Pedro (17), hasta su estancia en la tierra de Palestina. Parece que su intención, como hemos dicho, fue continuar la vida del santo en una segunda parte, que no realizó.

Con versos lapidarios y entusiastas, canta a Cantabria, que es también el País Vasco (18), guerrera, noble y laboriosa, que dio el nombre al poema:

(14) Dice Calderón: «Está escrito con el decoro, la agudeza, el zelo y la atención que requirió tan gran assumpto...; porque debaxo de la numerosa suavidad de sus versos está más apacible la exemplar enseñanza de las virtudes» (fol. II). Y Montalbán: «Un elegante poema que renovará las perfecciones del arte que nos dieron Aristóteles y Horacio, la verdad de la lengua castellana que oy se presenta como información en derecho de que aún vive su pureza, sin que la hayan podido violar las voces y frases extranjeras, cuyo nombre es el crédito mayor de su acierto» (fol. III).

(15) *Op. cit.*, fol. V.

(16) *Op. cit.*, fol. Ir.

(17) *Op. cit.* Cobra esta visión extraordinaria importancia en el poema. Pone en su boca una plegaria, llena de inspiración. De ella arranca, según Oña, toda su conversión.

(18) De Cantabria vienen a Castilla linajes y blasones. Ahí se origina, según Ortega y Gasset, la soberbia española: «Cantabria militar, cuna del Imperio: Harto era Castilla pequeño rincón / cuando Amaya era cabeza y Fitero el mojó».

Cantabria, la que asombro fue, respeto  
de la águila bifronte i media luna,  
aun siendo amiga dellas la Fortuna;

.....  
fértil, de limpia sangre i útil hierro  
gente al trabajo dura i tan bizzarra  
que en su cerviz ay ombros para un cerro (19).

La nota contrarreformista, guerrera, se subraya fuertemente, como en los otros poemas y poesías. Pedro anuncia la fundación de una Compañía triunfadora en las batallas contra Lutero. Téngase en cuenta que esta visión constituye el centro y base del poema:

Este con diestra mano, a gloria mía,  
mientras Luther vanderas mil tremola,  
a conducir vendrá una Compañía,  
que cierre con los mil, venciendo sola (20).

En el libro II aprovecha la entrevista con su hermano Martín en un soto para evocar la batalla de Pamplona. En primer lugar, nos describe con detalle el lugar ameno. Y a continuación sigue:

Quando cayendo sombras más crecidas  
de sierras altas van, i el sol a ocaso,  
passean y a los dos calles floridas;  
y tratan de Pamplona el grave caso.  
Tú, fuente, que los oyes, casi olvidas  
el curso...

.....  
El cenador, que es todo un cedro puro,  
después que asiento dio a los dos hermanos,  
oyó el mayor, que dixo: Yo asseguro  
que si esse pecho (Ignacio) y essas manos,  
que tan valientes vio el Navarro muro,  
dexaran verse en tiempos de Romanos,  
ya este cristal, i el myrto con la yedra  
miraran vuestro bulto aquí de piedra.

.....  
Vierase aquí el castillo de Pamplona,  
pintado por artífice maestro;  
i en essa digna sien, mural corona:  
no porque allá con pie subistes diestro;

---

(19) *Op. cit.* L. I, fol. 1 lr.

(20) *Op. cit.* L. I, fol. lv.

mas por baxar sin pies: como lo entina  
la embidia, Musa ya del nombre vuestro,  
que si os cortó aquel buelo ardiente bala,  
no el ánimo cayó, que todo es ala (21).

El poeta pondera la valentía del cantabrés y su magnífico coraje. Hubiera querido estar en esos momentos a su lado. Toda Iberia aclama su valor:

¡O Cantabrés, magnánimo coraje!  
¡O, quién a vuestro lado allí se viera!,  
aunque ligero plomo en su viaje,  
como os corrió, por mí corriera:  
aviendo yo de verme en el paraje  
de un ventajoso premio que os espera:  
mas ya el quedarme alabo, que no quiero  
partir el galardón, lleváoslo entero.

Desde rapaz, alumno soy de Marte,  
conoceys la corte de Fernando,  
siguiendo su Católico estandarte;  
al grito desde nombre peleando,  
el vuestro sonará en remota parte,  
pues ya lo aclama Iberia desde quando  
Navarra vió de quando aliento sea  
vn hombre a mil, si espléndido pelea. (22)

Al libro VII le da un aire simbólico, combativo, haciendo luchar a Ignacio, como en un torneo medieval, con cinco tentaciones que salen a la palestra y con atuendo y armadura muy significativos. Adviértase la nota realista en la pintura de las tentaciones.

No hay duda que, aunque inferior a *El Arauco domado*, Oña construyó un buen poema sobre San Ignacio, extenso, lleno de armoniosa majestad, de soltura y flexibilidad, de versificación fácil, en el que hay trozos de auténtica inspiración. Lope de Vega, al tejer la alabanza de Pedro de Oña en *El Laurel de Apolo*, cita únicamente este poema ignaciano que es —afirma— una filigrana labrada con el más fino oro chileno, como una fíbula indiana.

### **Hernando Domínguez Camargo**

Muy distinto del poeta Pedro de Oña, surge muy avanzado el siglo XVII un nuevo cantor americano de las glorias de Ignacio de Loyola, Hernando Domínguez Camargo, natural de Santa Fe de Bogotá y muerto en 1659. Fue

(21) *Op. cit.* L. II, fols. 21r-21v.

(22) *Op. cit.* L. II, fol. 21v.

un poeta y sacerdote neogranadino (23). Su poema heroico sobre San Ignacio de Loyola merece salir del olvido en que lo tuvo el siglo pasado (24) por su incomprensión del gongorismo. Esta epopeya abundante y rica es toda una representación épica. Por el tema y por la interpretación brillante, con un alto coeficiente de metáforas audaces, es el mejor retrato barroco de San Ignacio, con una suntuosidad digna de Rubens, en octavas reales.

Consta el poema de cinco libros y cada libro de seis cantos, desde el nacimiento de Ignacio en un establo, semejante al de Cristo, hasta que junta a sus discípulos y da comienzo a la Compañía de Jesús. No acabó el poema, devotamente confiado en que San Ignacio, con su intercesión, le había de dilatar la vida hasta que, «marcado con el sello del último primor y elegancia, lo sacrificara en sus aras», nos dice el editor (25).

Camargo prelude solemnemente su obra haciendo a San Ignacio un nuevo Sol que ilustra el zodíaco del mundo, al que engendraron águilas reales. Como casi toda la poesía del siglo XVII, Camargo se fija primordialmente en el carácter bélico, militar, del soldado santo y del santo caballero. Apenas presta atención a su intimidad y espíritu de oración. Ya desde el comienzo, marca el tono bélico del poema heroico:

Al David de la casa de Loyola,  
al rayo hispano de la guerra canto,  
al que imperiales águilas tremola,  
i es, aun vencido, del francés espanto;  
al que sufrió de la celeste bola  
sin fatigas el peso, Alzides santo,  
al que el empíreo hollando triunfante,  
habitador es ya del que fue Atlante (26).

Refulgen con brillo esplendoroso, al estilo del siglo XVII, los motivos heroicos de la juventud de Loyola, los «bélicos borrones» del soldado que vivirá «bajo los pendones del César español». Escobar comparará a Ignacio con el dios Marte; Camargo avanza más en la expresión. Cuando, en su plenitud, el futuro santo se arrea de soldado:

---

(23) Nace a fines de 1606. Ingresó en la Compañía en 1621. Deja la orden en 1636 por causas que ignoramos. Siguió en buenas relaciones con los jesuitas, como lo muestra su poema y su testamento.

(24) *San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús. Poema heroyco... Obra póstuma dada a la estampa i al culto teatro de los doctos por el Maestro D. Antonio Navarro de Navarrete* (jesuita). En Madrid, por José Fernández Buendía, en 1666, en 8.º 400 págs. Según Valbuena Prat, merecía claramente ser sacado del olvido, *El sentido católico de la literatura española*, 1940, p. 90. Un estudio importante sobre este poema es el libro de Giovanni Meo Zilio, *Estudio sobre Hernando Domínguez Camargo y su S. Ignacio de Loyola. Poema heroyco*. Messina-Firenze, 1967.

(25) «Llegó a mis manos, nos dice Navarro, como obra en que su autor aún no avía echado la última línea de su elegancia y primor, por averle atrapado la muerte, quando con más calor tratava de ajustarla» (p. 2).

(26) *Op. cit.* L. I, c. I, p. 4.



Doctrinado en los bélicos borrones,  
 en quien Marte valor brujuleó ardiente,  
 le condujo a vivir a los pendones  
 del César español, donde valiente  
 de su rosada edad rompa botones,  
 cuando esplendores suyos ensangrienta:  
 raso pendió el escudo al talabarte  
 y jubilóse con Ignacio Marte (27).

La batalla de Pamplona tiene extraordinaria proporción. La arenga del capitán Iñigo a los soldados de la plaza fuerte sobresale por su vigor cortado y sentencioso, de condesado conceptismo, tan distinto del culteranismo exuberante de otras partes. Nos recuerda el mejor estilo de Ercilla por su fuerza y sobriedad:

¿Qué miedo estipuló vuestra carrera?  
 ¿Assí escudáis el golpe al adversario?  
 ¿Essas armas de azero son de zera,  
 o de diamante son las de contrario?

.....  
 Pelear para vencer es grangería,  
 pelear para morir es rico empleo,  
 victimarse al cuchillo es valentía,  
 socorrerse del riesgo es gran trofeo.  
 Un ayroso morir colma en un día  
 la honrosa hydropesía del deseo...

Pelícanos de España, dad la vida  
 con su sangre al honor, que mató el miedo;  
 si faltare la pólbora, bertida  
 mi sangre lo será; mi menor dedo  
 se azicala puñal; bala escupida  
 el ademán será de mi denuedo.

Y con mi nombre o con mis ojos arda  
 bien empleada la bombardada.

La hueste, al español es denodado  
 lo que al vasto elefante breve hormiga.

¿Veis aquel escuadrón tan apiñado,  
 veis la selba de lanças enemigas?  
 Sólo un grano será cada soldado,  
 cada pica una arista i una espiga  
 el campo, qual león vuestro, severo,  
 con garras segará de noble azero... (28).

---

(27) *Op. cit.* L. I, c. I, p. 11.

(28) L. I, c. III, pp. 51-52.

La descripción barroca que acompaña a la herida del soldado de Pamplona es un apiñado acierto más, de imágenes y brío, condiciones que serpean a través de todos los cantos de un poema, pues bien merece «hablar alto al olvido».

El asalto de Pamplona lo compara con el de Troya y el de Jericó, en dos alargadas metáforas.

Menos a Troya estragos le conduce  
 el caballo fatal, que (atropellado  
 uno y otro sillar) raudo se induce  
 el vientre de armas, y de horror preñado;  
 que la bombardas ruinas introduce  
 en el muro de Pamplona destrozado,  
 cuando le vibran altas impaciencias  
 muchas preñadas balas de violencias.

Menos de Jericó labrado el muro  
 de sonoro clarín, que lo baldona,  
 uno y otro sillar desata duro;  
 que mordidos los muros de Pamplona  
 de uno de bronce con cerebro impuro,  
 de sus almenas rinde la corona;  
 mordió la bala un risco, cuya parte,  
 aún la comumna arruinará de Marte (29).

La variedad de riqueza y contenido de este poema hace que podamos indicar diversos aspectos. Es muy propio del gongorismo el halago de los sentidos, incluso de las sensaciones táctiles, más materiales. Veamos cómo describe, en el libro I, la ciudad de Pamplona:

...do yedra de cristal el Arga undoso  
 abraços da a sus piedras apretadas  
 i en alagos de vidrio, quando octubre  
 le da caudales, las almenas cubre (30).

Es interesante, por sus relaciones con la plástica barroca, la interpretación muy significativa del templo de Montserrat, con la magnificencia de la arquitectura barroca, aunque en realidad el estilo de su iglesia era, en tiempos de Ignacio, de gran sobriedad. Los epítetos, las notas descriptivas y lo recargado y suntuoso de la decoración, alcanzan las expresiones que mejor permiten hermanar la literatura y la plástica del estilo del siglo XVII.

(29) L. I, c. III, p. 56.

(30) L. I, c. III, p. 44. Comparémoslos con estos otros, ya célebres, de Góngora, en *Las Soledades*, cuando el peregrino pone sus vestidos a secar: «Lamiéndole apenas su dulce lengua de templado fuego, / lento le embiste y con suave estilo / la menor onda chupa el menor hilo». *Obras completas*, p. 663.

## Luis de Belmonte Bermúdez

Se ha dicho de Belmonte Bermúdez que es un genio análogo al de Lope por la espontaneidad y por haber ensayado casi todos los géneros literarios. Nació en Sevilla (1587?) (31) y murió hacia 1650. Se trasladó muy joven a Nueva España y un año después fue al Perú. Pasó los mejores años de su vida en peregrinaciones navales, viviendo bastante tiempo en Lima y Méjico, dándose a conocer como poeta (32).

Sabemos por declaración de Mateo Alemán en el *Elogio de la Vida de San Ignacio*, al comienzo de la obra, que él y Belmonte eran amigos, nacidos ambos en Sevilla.

No es pasión de amistad, no parezca que hablo con exajeración por ser de mi patria y nacidos en un barrio... (33).

En el Perú trabó amistad con Diego de Hojeda, el autor de *La Cristiada*, con Pedro de Oña y otros literatos. Fue secretario y cronista de la expedición que, al mando del general Pedro Fernández Cirós, salió, en 1606, a explorar las regiones del Austro (islas de Salomón, Molucas, etc.). Volvió a Méjico y entonces publicó unos versos, con el retrato del autor. Aquí representa unos 32 ó 35 años. También en España tuvo amistad con los principales literatos de la época.

Se distingue, sobre todo, como dramaturgo. Colaboró con Calderón en *El mejor tutor*, *Dios*, y con Rojas Zorrilla, Agustín Moreno y Mira de Amezcuca. Del largo catálogo de sus obras dramáticas, la mayor popularidad corresponde a *El diablo predicador*, extraña mezcla de elementos realistas y sobrenaturales. Fue tomada del *Fray Diego*, de Lope, entretenida comedia sacra, en que lo picaresco absorbe a lo sobrenatural. A trechos toma el andante de una comedia bufa. *La renegada de Valladolid* la escribió en colaboración con Moreto y Martínez Meneses. Recoge la leyenda de una mujer que apostata y luego se convierte. Como dramaturgo es hábil en algunos dramas, descuidado y desigual creador de ciertos tipos que suele repetir.

---

(31) Ignórase la fecha de su nacimiento, aunque según Méndez Bejarano, hay que rechazar la de 1587, que admiten sus biógrafos, y pensar en otra anterior, Mario Méndez Bejarano, *Los grandes poetas españoles que vivieron en América* (Madrid, 1924), p. 35.

(32) En Méjico tuvo amistad con Ruiz de Alarcón. Luis Fernández Guerra escribe: «Antigua era la amistad de Alarcón y Belmonte Bermúdez, como nacida en los teatros de Méjico, donde ya se dijo cuánto aplauso arrancaban las comedias chistosas y epigramáticas de este ingenio sevillano... Había pasado su juventud peregrinando por la mar; estuvo en Nueva España el año 1604; al siguiente obtenía en Lima grandes alabanzas de lucidísimo poeta; y en el año 1610, segunda vez en Méjico, sacaba a la luz un poema de S. Ignacio. Dejó el Nuevo Mundo y volvió a Sevilla en 1615», *D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza*, por Luis Fernández Guerra y Orbe, Madrid, 1871, pp. 106, 358 y 360. Los datos no son muy exactos. Así, el poema de San Ignacio se publicó en 1609.

(33) *Vida de San Ignacio*, fol. 12.

Con Mira Amescua hizo un poema descriptivo de la fiesta de toros y cañas, celebrada en Madrid. Dejó escritas más de doce novelas «tan agradables que cada una pudiera adquirir el mérito de un ingenio grande». Pero ignoramos si llegaron a publicarse, y compuso algunos poemas épico-cultos. Su mejor poema fue *La Hispálida*, sobre la conquista de Sevilla, incluida por la Academia de la Lengua en el catálogo de autoridades, que contiene octavas muy logradas. Otro poema, impreso en Méjico, fue *La vida de San Ignacio de Loyola*, el que a nosotros más nos interesa. También escribió *El cisne del Jordán*, *La aurora de Cristo*, *Hazañas de don García Hurtado de Mendoza*, un tratado en verso relatando su primer viaje a América y un romance a la memoria de Lope de Vega, incluido por Juan Pérez de Montalbán, en su *Fama Póstuma*.

Cuando regresó de América vivió en Sevilla y en Madrid. En esta última ciudad tomó parte en diversos *Certámenes* y *Justas Poéticas*, en los años 1920 y 1922, con motivo de las canonizaciones de algunos santos, entre ellos San Ignacio. Mereció repetidos elogios de Lope de Vega por los triunfos obtenidos (34).

El único ejemplar que se conserva de su poema sobre San Ignacio se encuentra ahora en la Biblioteca de *The Hispanic Society of America*, del hispanófilo Mr. Hutington, que anteriormente perteneció al Marqués de Jerez de los Caballeros, en Madrid. Su título completo es *Vida del Padre Maestro, Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Iesvs, dirigida a svv religiosos de la prouincia de la Nueva España, por Luys de Belmonte Bermúdez, en la Empresa de Gerónimo Balli por Cornelio Adriano Casar*, en México, año 1609 (35).

El poema no fue reimpresso en España, como su autor promete en el corto *Prólogo* que pone a su obra *La aurora de Cristo*.

Este largo poema sobre San Ignacio lleva la aprobación del Dr. Don Pedro de Vega Sarmiento, obispo electo de Popayá, donde nos dice que «la obra es útil y fructuosa a la Santa Romana Iglesia. Y con esto son los conceptos y estilo dignos del buen acertado ingenio del autor». Va dividido en diez libros. Contiene 256 hojas de quintillas dobles y parece que pensó hacer una segunda parte, ya que termina el texto con la siguiente estrofa:

Al fin, el ingenio y arte  
fue con el trabajo parte  
con que la tela se cría,  
donde descansa la mía  
hasta la segunda parte (36).

---

(34) Lope de Vega alaba a los que tomaron parte en las Justas Poéticas de 1920, entre otros a Belmonte por los versos que presentó. En su *Jardín Alegórico (Epístola octava de la Filomena, 1621)* escribe de Belmonte: «Resplandece en su fábrica Belmonte».

(35) He podido conseguir el texto íntegro en microfilm, gracias a la amabilidad de Martha M. de Narváez, archivera de Manuscritos y Libros Raros, en la Biblioteca de *The Hispanic Society of America*.

(36) *Op. Cit.*, fol. 236r.

Y en el *Prólogo* al lector hace también referencia a esta segunda parte que desconocemos totalmente.

También te pido (si de todo punto hallares mi ingenio falto para tan alta materia) que tomes a tu cargo la segunda parte que no tiene menos campo que el que me ofreció la primera, antes lo hallarías abundante y rico (37).

Mateo Alemán en el *Elogio* habla del «gallardo estilo», «grandeza e hidalguía, merecedora de todo premio» y de sus «dulces i sonoros versos» y añade: «confesémosle sus asiduos estudios, intento santo, elegante pluma, casto frasis, con que procuró sacar a luz esta joya esmaltada i briscada con tanto ingenio i policia, tan llena de misteriosos conceptos i sentencias graues».

Belmonte escribe una breve dedicatoria al comienzo:

Tantos milagros, tanta eroica y penitente vida, como la del varón celestial que mis humildes versos celebra, qué hombros la pudieran sustentar para hacerla pública al mundo, en prouecho del, como los de su escojida Relijión: en ella como en robusto Atlante puede, y es bien que estribe, el firme cielo de su valeroso fundador... (38).

El poema comienza:

Yo aquel que por gusto solo  
del bajo y humilde suelo  
pretendí de Polo a Polo  
resonar, subiendo al buelo  
sobre los montes de Apolo;

.....  
Con él la fama conquisto,  
pues de Antártico a Calisto,  
en quanto se mira al sol,  
canto un soldado español  
de la milicia de Christo... (39).

---

(37) *Op. cit.*, fol. 15r.

(38) *Op. cit.*, fol. 16v. Sobre este autor puede consultarse, William A. Rincaid, «Life of Luis de Belmonte Bermúdez (1587?-1650?)», *Revue Hispanique*, LXXIV, 1928, pp. 1-260. Nos confiesa que de esta obra solamente ha visto el *Elogio*, de Mateo Alemán, y la *Dedicatoria* del autor.

(39) *Op. cit.*, fols. 19r-20r.

No podía faltar, al comienzo, la invocación clásica a la Musa, que aquí es la Virgen:

Vos Sancta donzella hermosa,  
que a Dios en los braços vistis  
y por humildad preciosa  
del mismo escogida fuistis  
para su madre y esposa,  
Dadle valor a mi canto,  
pues del bravo Ignacio canto  
la vida en humilde verso,  
ocupará el universo  
que podrá mi verso tanto (40).

El argumento va resumido en cada uno de los libros. En el libro primero, que es el que nos interesa, se escribe: «Predize el Padre Eterno el nacimiento y vida de Ignacio, pelea en el Castillo de Pamplona y sale herido».

En este libro hace un recorrido de la vida de Ignacio y se detiene especialmente en la batalla de Pamplona. Describe a Ignacio con su escudo, defendiendo junto al muro la plaza, mientras los capitanes prefieren rendirse para librarse de la muerte:

Sucedió en esta sazón,  
prouar el valor francés.  
Mostró a la empresa afición,  
que el soldado no lo es,  
si no es quando ay ocasión.

El castillo de Pamplona,  
que es de Nauarra corona,  
cercado el francés tenía,  
con biçarra infantería  
que su esperança le abona.

Con ruina lo amenaza,  
pues con el plomo heruiente  
sus almenas despedaçá,  
y puesto del muro enfrente,  
feroz el escudo abraça.

Ya con el pesado asedio,  
viendo su poco remedio,  
nuestros capitanes fuertes,  
para remediar sus muertes,  
rendirse eligen por medio.

---

(40) *Op. cit.*, fol. 154r.

Pero Ignacio que seguro  
de tan nueva cobardía  
con arnés templado y duro  
el castillo defendía  
sobre el adarue del muro:

Haciendo el pecho alarde,  
sin temer que se acobarde  
la gente con el temor;  
que antes se enciende el valor  
con el yelo del cobarde (41).

Más adelante narra la herida de Ignacio y la rendición del castillo de Pamplona, al no poder luchar el capitán Ignacio:

En esto una bala ardiente  
llegó a la parte que Ignacio  
mostraua el pecho valiente,  
como otro famoso Oracio  
que el suyo mostró en el puente.

Y con la furia que embía  
la nuue a la tierra fría  
el rayo corrusco y fuero,  
rompió a nuestro cauallero  
con la pierna su porfía.

Tan destroncada quedó  
del duro y fogoso salto,  
que sangre y güesos sembró  
Y Ignacio de esfuerço falto  
sobre el adarue cayó.

.....  
.....

Viendo su ofensa notoria,  
porque Ignacio le faltó,  
perdiendo su fama y gloria,  
el castillo se rindió,  
dando al Francés la victoria (42).

A Ignacio lo describe casi siempre con referencias a su vida militar:

Calçava espuela dorada,  
del mismo color la espada,  
más como el arnés trocó,  
en el templo la dejó  
de Monserrate colgada.

---

(41) *Op. cit.*, 153r.

(42) *Op. cit.*, fol. 154r.

Como en arnés de paciencia  
trocó el que lleuaua inmundo,  
hizo de la espada ausencia,  
que para matar al mundo  
la espada es la penitencia.

Y mira si es cauallero  
de la orden del Cordero  
que quando en el templo entró  
las nuevas armas veló,  
aunque de sayal grosero (43).

En otro pasaje repite las mismas características:

A España vuelve y quisiera,  
si lo merece mi fe,  
que el mundo me conociera  
por soldado que sabré  
morir por vuestra vandera.

Bien clara muestra aueis dado  
por lo que aueis peleado,  
Ignacio, más como vais  
tan humilde no buscáis  
más nombre que de soldado.

Pues yo sé bien que algún día,  
según vuestras cosas van,  
el general que os embía  
os ha de hazer capitán  
de vna ilustre Compañía.

Seréis tan baliente y diestro,  
como prudente maestro.  
Y aun siendo el mundo testigo,  
huirá el mayor enemigo  
del menor soldado vuestro (44).

Es, pues, una poesía alejada del recargamiento gongorino y de los retorcidos conceptos, con dignidad y facilidad de versificación.

### Antonio Escobar y Mendoza

Antonio Escobar y Mendoza, nacido y muerto en Valladolid (1589-1669), moralista jesuita, se hizo célebre por el ataque que le hizo Pascal en sus *Provinciales*, como representante del laxismo jesuítico que le atribuyó el

---

(43) *Op. cit.*, fol. 186r.

(44) *Op. cit.*, fols. 215v-216v.



ilustre escritor francés. Llevó una vida de intenso trabajo por sus sermones y sus escritos, sobre todo de teología moral. Aquí nos interesa únicamente el poema, que con razón llama heroico (45), *Ignacio de Loyola*. Es también autor de una *Historia de la Virgen, Madre de Dios...* en la que se compara a la Virgen con una mística ciudad, cuyos doce cimientos son otras tantas piedras preciosas: jaspes, zafiro, calcedonia, esmeralda...

Dedica la obra a don Antonio Venegas de Figueroa, obispo de Sigüenza y consejero de su majestad, amigo de Góngora (46). Al comienzo trae varios sonetos, desorbitados de alabanzas hiperbólicas al poema, en los que se compara a Escobar con un nuevo Colón. Es muy curioso el prólogo, típicamente barroco. Con muy limada prosa, Escobar hace aparecer al santo como un nuevo Marte, comparándolo con las esferas y con los nuevos signos del zodiaco. El poema viene ya con todas las galas y elementos -tanto formales como temáticos- que caracterizan al barroco en su período más álgido.

Divide el poema en siete libros dedicados a siete musas, ya que excluye a Erato y Talía, porque favorecen los cantos lascivos. Comienza con el combate de Pamplona y termina con la muerte y milagros de Ignacio. Cada libro contiene tres cantos, en octavas reales, como todos estos poemas que estudiamos. En todo él abundan comparaciones mitológicas, moda y sarampión de la época. Todas pertenecían al amplio desván de antigüallas grecolatinas que poseía el lector de mediana cultura del siglo XVII. Actualmente las ignoramos y nos parecen de mal gusto.

Llamó Escobar a su obra poema heroico, y ciertamente es digno de un trozo de epopeya bélica el episodio de Pamplona, extensamente narrado, en el libro primero:

Celebraré de Ignacio la cayda  
que le levanta a triunfos superiores (47).

No falta, en estos momentos en que se asoma el tema heroico, la visión plástica de la España de los Austrias: «Fuego a los aires dan los arcabuces / y los pendones, águilas y cruces».

Encontramos una extensa descripción de Pamplona, a través de su historia y de su geografía, con referencias a sus fortalezas y al río Arga, poéticamente pintado, por donde viene la leña del monte en sus famosas almadías —hoy desaparecidas— que llegaban, a través del Ebro, hasta Zaragoza.

---

(45) *Ignacio de Loyola, Poema heroyco...* Valladolid, Francisco Fernández de Córdova, 1613, 8.º 269 fols. Entre unas sesenta composiciones dramáticas que compuso y no publicó, tiene una dedicada a San Ignacio: *El caudillo vizcaíno, San Ignacio de Loyola*, que ha desaparecido.

(46) Góngora dedica un soneto a su quinta de Burlada, que empieza: «Este a Pomona, quando ya no sea / edificio al silencio dedicado», *Obras completas*, p. 409.

(47) L. I, c. I, fol. 1v.

La gran Pamplona, a Marte consagrada,  
En quien su trono el fiero Dios fabrica,  
En frontera de Francia está fundada,  
Ilustre en Héroes, en hazañas rica.

.....  
Arga es el río, que con mansa y leda  
Corriente, la florida playa adorna,  
Con grillos de cristal, el arboleda  
Prende y las yeruas esmeraldas toma.  
Parece en el telar cándida seda,  
Quando por la pesquera se trastorna,  
Dale su leña, vn alto monte, y Arga  
Sobre sus hombros los maderos carga (48).

Otra noticia de Pamplona aparece en la descripción de una lápida o epitafio a San Ignacio de Loyola, mandado levantar por el Virrey Cardona, uno de los vencedores de Lepanto. Empieza así:

Otro epitafio, bélica Pamplona,  
Te adorna a lo moderno edificado.  
En quien la ilustre sangre de Cardona,  
Quiso ser su valor depositado.  
Al pie de los Palacios de Belona  
El esfuerzo publica del soldado,  
Que en defensa de los altos muros,  
Rindió las plantas a los golpes duros (49).

Hay una pintura del escudo de Navarra y evocación de la destrucción del viejo castillo por Carlos V. A continuación comienza el ataque del francés al castillo de Pamplona.

Tiene por triunfo Real Pamplona,  
Fuertes cadenas y león sangriento.  
Y teniendo de España la corona  
Carlos, principio tomará mi acento.  
Vate al acero, varonil Belona.  
En tanto que la guerra horrible cuento,  
Cuya fiereza en el Castillo Viejo  
Introdujo la ruyna y triste dexo.  
Mueue el Francés el militar acero  
Contra los altos muros pamploneses,  
Para darlos de Galicia al Heredero  
El injusto rigor de sus arneses.

---

(48) *Ibid.* fols. 2v-3r.

(49) *Ibid.* fol. 78v.

Nauarra, incauta del assalto fiero,  
 Tema la preuención de los franceses,  
 Y al flaco lirio del sangriento escudo,  
 Quiso humillar su frente, el león membrudo (50).

Y no falta la arenga de corte clásico con citas de la mitología y de la historia de Roma. Veamos el ejemplo en la defensa de Pamplona:

Ciudad ilustre, pueblo belicoso,  
 ¿adónde vays?, ¿qué miedo os acobarda?  
 ¿Cómo de vuestro honor el sol hermoso  
 se ofusca en miedo qual en nube parda?  
 ¿Temerosos huys de un temeroso  
 que con más miedo que valor aguarda?...  
 ¿Qué importa que sean muchos los arneses,  
 i los navarros una escuadra sola,  
 si contra el brío de dos mil franceses  
 es vastante una cólera española?  
 Y en caso que tu curso prosiguiese,  
 fuerte ciudad, la sangre de Loyola  
 no ha de seguirte, porque Francia entienda  
 que ay muros y valor que los defienda (51).

Las cualidades poéticas del autor y la índole culterana del poema aparecen continuamente en las imágenes coruscantes a lo Góngora o Paravicino.

Un gongorismo de buena ley, una noble retórica, anima todo el poema con las desigualdades de gusto, por supuesto, y desmayos inherentes a todo poema épico extenso. El esfuerzo constante del verso, curvándose en línea cerrada, que reciba la atención constante del lector, hace pesada la narración, que debiera ser fácil y sencilla para poder seguirla en larga distancia sin cansancio. El uso de la mitología clásica, como elementos maravillosos, aunque en forma de alegoría cristiana, nos hace pensar en el estilo de Camoens.

### José Antonio Butrón y Música

Nacido en Calatayud (1657), desempeñó, como jesuita, algunos cargos en la Compañía de Jesús y escribió diversas obras de carácter religioso y literario. Entre otras, el poema titulado *La Harmónica, vida de Santa Teresa de Jesús*, en octavas reales, y el poema *El Gran Capitán de Dios, San Ignacio*

---

(50) *Ibid.* fol. 4r.

(51) L. I, c. I, fol. 5v.

de *Loyola* (52). Ejerció más de treinta años el ministerio de la predicación, cultivando también la poesía. A veces, su humor satírico, un tanto atrevido, le produjo sinsabores. Murió en Segovia, en 1734.

Su autor, al comienzo, en una carta al P. Rector de Segovia, Alonso Cifuentes, nos da cuenta de su obra y sus intenciones.

«Mezclo burlas con versos, porque el asunto es melancólico de suyo; en esta edad del hollín, ¿quién habría de sufrirme si siempre hablara de polilla y garnacha? Además de esto, el estilo es desigual muchas veces; y el caso es que el cuerpo de un libro es como el maestro, ni todo duro, ni todo fluido; ni todo cabeza, ni todo pie...» (53).

La vida se divide en 17 «alarmas» (54) y contiene la vida completa de Ignacio, desde su nacimiento hasta su muerte, en 1792 octavas reales. En la segunda alarma describe el estado deplorable de la Iglesia antes de nacer Ignacio, para que luego resalte más el carácter contrarreformista del santo. En la alarma quince intercala una extensa digresión, narrando los triunfos del P. Anchieta en el Brasil, con ambiente bastante impreciso y vago, ya que su autor no estuvo en América. Ignacio sigue siendo el héroe barroco, cuyos principales rasgos, en la pluma de estos escritores culteranos, es el valor militar y el ideal caballeresco, aunque en estos dos últimos autores jesuitas su figura está completada por otras virtudes religiosas. Por eso es la primera alarma introductoria, en la que «Apolo traslada al autor los espíritus del Numen en el teatro de una idea», deja por breve tiempo la cítara y pide a Marte el clarín. Así, en el poema no podía faltar la lucha de Pamplona, con todo el vuelo y garbo recargado del barroco.

Butrón describe la llegada de los franceses por el valle del río Arga con una rima vulgar en osa:

De lexos, humo denso envuelve el día  
con estrépito Nuve polvorosa  
y, en lo que por Umbroso no se vía,  
daba más cuerpo a la atención miedosa;

---

(52) *El Gran Capitán de Dios, San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, con algunas notas municipales de la misma Compañía..* BAH: Colección Cortes, n. 423, 340 fols. en 4.º Va firmado en el colegio de Segovia, año 1729, pues no se publicó. Hay también ejemplares en la Biblioteca Nacional, en el archivo de Loyola y en el de la provincia de Toledo S.I.

(53) Fol. III.

(54) Al principio pone un resumen que denomina *Guerra*, y a continuación lo desarrolla en *al-arma*, que quiere significar al combate, subrayando así la nota bélica del poema. Estas raras y retorcidas maneras de llamar a los capítulos o partes de la obra eran muy frecuentes en el siglo XVII. Así, Gracián, en *El Criticón*, usará la expresión «crisi»; Vélez de Guevara divide *El diablo cojuelo* en «trancos»; Cristóbal Suárez de Figueroa, en *El Pasajero*, llama a sus capítulos «alivios»; Lope de Vega denomina «silvas» las partes de su *Gatomaquia*; *El Fénix y su historia natural*, de José Pellicer de Salas y Tovar, se divide en «diatribas», y el *Marcos Obregón*, de Espinel, en «descansos».

ya el relincho de feroz tropel se oya,  
 ya brillar la Ola el Arga vio espantosa  
 y ya priesa notaban los confines  
 clarear más y clarear más los clarines (55).

Poco después nos pinta la figura de Ignacio, lleno de valor guerrero:

Oydo Ignacio lleno de brabura,  
 todo marcial, todo incendio armado,  
 mandó con alma fieramente dura  
 tocar el arma, atroz, desesperado.  
 Pamplona repetía. El Muro aún dura  
 y aunque algún lienzo della ya falseado  
 contra flacos franceses escuadrones  
 murallas sean nuestros corazones.

.....  
 ¡Qué galán se mirava, qué garboso,  
 qué olvidado de riesgos el corage!  
 El hielmo levantado, pavoroso,  
 haziendo ayre a su incendio su plumage,  
 a los ricos de plomo estrepitoso.  
 De las plumas lisonja era, no ultrage,  
 no era temblor el crespo movimiento,  
 ricabalos el ayre, no el aliento.

¡Quién es aquél, dezia un artillero,  
 con la mecha enzendida, que gallardo  
 en su arnés i su escudo llama fiero  
 a su escuadrón i acude a su voz tardo?

¿Quién el loco o insigne caballero  
 consigo osa a la plaza hazer resguardo,  
 pensando, porque está a altura tanta,  
 que Francia está debajo de su planta?

Tomó la proporción, fixó la vista  
 caló la mecha y Ignacio sobre el muro,  
 aún con la puntería ya prevista,  
 se dió de toda Francia por seguro.  
 Todo era instar que vuelba, que resista  
 Pamplona y ya, hecho nube el cañón duro,  
 tronó, y cayó, quando él mas sin recelo;  
 y su inmortal voz fue: ¡Válgame el Cielo! (56)

Es un poema que, si lo comparamos con los anteriores, resulta inferior a todas luces. Un gongorismo tardío, a comienzos del siglo XVIII, debía ser dislocado. La rima es más pobre, las imágenes no tienen el brillo e ingenio

(55) Alarma III, fol. 50v.

(56) Alarma III, fols. 57r-58v.

del auténtico culteranismo. Hay trozos de quincallería y pasajes que no despegan de un rastrero prosaísmo. Tiene, sin embargo, partes de mayor inspiración y más felizmente logradas. *La armónica vida de Santa Teresa de Jesús* (1722), otro extenso poema en octavas reales de este autor, es también, según Gerardo Diego, de un prosaico culteranismo de muy mediocre estro. En él podemos ver a los numerosos jesuitas que trataron con la santa e igualmente a San Ignacio de Loyola.

### Bernardo Monzón

También aparece Ignacio y la batalla de Pamplona en algunos poemas dedicados a San Francisco Javier. Citemos únicamente un ejemplo, el poema *Xaveriadas* (57) del P. Monzón, que se encuentra manuscrito en el British Museum, de Londres, y merece citarse por su originalidad y extensión. Al final de la obra se da a conocer el autor: «Fin de las *Xaveriadas*, o por otro nombre, *Hazañas del Sol de Oriente, San Francisco Xavier*, por Zenñodoro Racddoen Be empeji Pans de Alarmusa». Anagrama del nombre del autor en otra combinación de letras diferentes de la que está al principio del libro. La una y la otra quieren decir: Por el Padre Bernardo Monçon de la Compañía.

Según el catálogo de la provincia de Toledo, nació en Madrid, en 1600, siendo ilustre orador y director de la Congregación Mariana de Madrid (58). Dedicó muchos años de su vida, según su propia confesión, a este poema de octavas reales. Consta de doce cantos y trata de la vida de Javier, desde su nacimiento hasta sus primeras correrías apostólicas en la India, donde termina de una manera exabrupta.

Ciertamente que Monzón no ha emulado entre los épicos ni siquiera a Fray Diego de Hojeda, autor de *La Cristiada*. Es un extenso poema de más de 2.000 octavas reales, que se hace bastante pesado y artificial y decae en muchas partes. Hay trozos en que varía la métrica, por ejemplo, cuando

---

(57) *Xaveriadas por otro nombre hazanas del Sol de Oriente San Francisco Xavier Apóstol de la India y Patrón del Nobilísimo Reyno de Navarra, Patria del Santo. En Heroyco Verso cantadas por Dorarde Zenneonmod Muscodesje Pañiadela, natural de Madrid, Corte del Rey Cathólico. Dedicadas y consagradas al Santo mismo, nuevo milagro de la Iglesia y del Orbe*. Ms. 19265, 345 fols. 2.115 octavas reales, en cuero moreno con cantos de oro.

En el fol. 343 reaparece el anagrama final, distinto que el del comienzo. Cita estos anagramas Gayangos, *Catalogue of Manuscripts in the Spanish Language, in the British Museum London*, 1877, t. I, pág. 552. De estos poemas sobre Javier puede consultarse, Ignacio Elizalde, *San Francisco Xavier, en la literatura Española*, Madrid, C.S.I.C., 1960. Allí se estudia en otro aspecto.

(58) Entró en la Compañía en 1615. Después del noviciado en Villarejo de las Fuentes, lo encontramos de escolar en Huete (1618-9) y en Alcalá, durante siete años de estudio de la filosofía y teología. Por veintiséis años fue predicador en diversos colegios. Desde 1649 hasta su muerte, en 1682, estuvo en la casa profesa de Madrid, primero como predicador y director de la Congregación y después como operario y confesor. Su talento, juicio y prudencia, según los informes de la época, eran más que vulgares. Algo melancólico y extravagante, de natural religioso con algo de acritud.

intenta reproducir la poesía que Ignacio compuso a San Pedro, según nos dicen sus biógrafos. El autor mismo advirtió sus defectos:

Sólo quisiera advertir que tan censor he sido  
yo de mi libro, como tú, si lo quieres saber...  
Pero al haberme alargado tardé, y si fuera en prosa  
no fuera dificultoso reducir a menos lo escrito,  
más en verso había de ser dificultoso...  
y más en este género de libros propios, sacados  
a luz con dolor que para dos veces no eran de temer  
poco los dolores de parto... (59).

El canto primero es el más original. Lo titula: «Descripción de Navarra, nobilísimo Reyno, Patria de el Santo. De sus grandezas, la mayor, tenerle por hijo». Canta los montes de Navarra, los ríos, las principales ciudades (60), sus reyes, etc. Canta igualmente la historia de Pamplona, desde su fundación. Da gran importancia y extensión al sitio de Pamplona por los franceses. Y nos dice que una de las grandezas de Pamplona es haber luchado Ignacio desde su castillo contra los franceses. Con este motivo nos relata la biografía de San Ignacio desde su nacimiento. El nombre de Ignacio, para él, viene de *ignis* (fuego) y *actio* (acción):

Nació Ignacio en la parte que de España  
provincia de Guipúzcoa alcança nombre.  
La que en su lengua natural y estraña  
por reuesada y corta de más nombre:  
que se corte en palabras es haçaña,  
quando en las obras larga porque asombre,  
dando en sólo un Ignacio a parte aliento,  
ciencias a Palas y a la Iglesia aumento (61).

.....  
Niño Ignacio era entonces y haçañoso,  
pues forma de muchachos escuadrones  
que aun en niñezes su valor no ocioso  
enarbolando de papel pendones.  
Con ellos marcha, un Ector animoso;  
de cañas escalando torreones,  
no el primero al asalto que fingía  
temía el peligro, porque no lo había (62).

---

(59) *Op. cit.*, fol. 5r.

(60) Las ciudades de Navarra que describe responden a sus merindades: «Tafalla, Olite, Tudela, Sangüesa, Alaba, Estella, el Puerto y el Bearn». Es curioso que incluye Alava y no dice nada de Labourde.

(61) *Op. cit.*, fol. 27r.

(62) *Op. cit.*, fol. 28r.

En el sitio de Pamplona reproduce la arenga de Ignacio a los soldados, en redondillas:

Soldados, donde estoy,  
no está la cobardía,  
sí el ánimo y la osadía  
¿Qué es esto? ¿Desmayos oy?

.....  
A vuestro rey defendéis,  
a la fe santa amparáis;  
perdéis, si aquí no ganáis,  
y no perdéis, si perdéis (63).

A continuación nos describe la herida de Ignacio, en unas liras no muy inspiradas:

Mal herido el valor  
derribado, el constante esclarecido,  
tan sordo a su dolor  
que vengarse ha pedido,  
si quiera en un ¡Ay! sólo y no es oydo.

Que de piedra la piedra,  
donde la vala dio no se sintiese,  
¿qué mucho? Pero arredra  
ver que en Loyola diese,  
sin ser piedra y de piedra pareciese.

.....  
.....  
¡O golpe riguroso!,  
porque de el muro a Ignacio te pasabas,  
acaso allá ambicioso,  
pequeño te mirabas  
y acá, de uerte hallá no te dignabas?

Tu ambición conocida,  
de gran golpe erró el golpe al pie bajando,  
pero bien entendida  
fue tu furia humillando  
a mayor lebantarte derribando (64).

En resumidas cuentas, nos encontramos con un poema de argumento original, ingenuo, frecuente simbolismo, con endecasílabos sonoros y octavas reales a veces de buena factura, pero que decae en muchas partes y abunda en prosaísmos.

---

(63) *Op. cit.*, fol. 31v.

(64) *Op. cit.*, fol. 32r.